

Categorías, estereotipos y cognición social

Taylor, S.E. et al.: Bases Contextuales de la memoria de personas y de la estereotipia

MIGUEL C. MOYA

Universidad de Granada



Shelley E. Taylor ocupa un lugar prominente, sin duda merecido, en el panorama actual de la Psicología Social tal y como fue tempranamente reconocido por la APA otorgándole el «Distinguished Scientific Awards for an Early Career Contribution to Psychology» en 1980 (*American Psychologist*, 1981, pp. 81-84) que se concede a los jóvenes investigadores que más destacan en los diversos campos de la Psicología. Más específicamente, podemos decir que se trata de una de las figuras más destacadas del amplio dominio de la Cognición Social o Psicología Social Cognitiva, área que en la actualidad comprende gran parte de la investigación que se realiza en nuestra disciplina.

Su importante contribución en Cognición Social queda de manifiesto, además de en la multitud de trabajos realizados —algunos de gran impacto como el que aquí nos ocupa o el publicado junto a Crocker en 1981 sobre los esquemas— en la realización junto a Susan Fiske en 1984 del libro «Social Cognition», uno de los primeros intentos, coherente y sistemático, de articular los avances realizados en el área.

Permítaseme unas breves notas biográficas dado que, a grandes rasgos, la evolución de los intereses de Shelley E. Taylor ejemplifican lo que para muchos psicólogos sociales constituiría el desarrollo ideal del conocimiento en nuestra disciplina. Interesada inicialmente, por su propia trayectoria personal y el ambiente social y político de los años sesenta, en psicología clínica y en la problemática de la mujer, encontró en la Psicología Social, concretamente en el área de la cognición social, el instrumento que permitiría integrar sus intereses ayudándole en la búsqueda de explicaciones teóricas de muchos de los problemas y cuestiones que se le habían planteado. Posteriormente, tras adquirir una sólida base teórica y metodológica y sin abandonar en ningún momento esta perspectiva e intereses, las circunstancias personales —el fallecimiento de su madre a causa del cáncer— le llevaron a la aplicación de sus conocimientos en áreas de gran relevancia social y práctica, como es el caso de la psicología de la salud (Taylor, 1986).

Dirección del autor: Facultad de Filosofía y Letras (Edificio B). Universidad de Granada.
18071 Granada.

El trabajo elegido para el presente dossier cumple, a mi juicio, una serie de requisitos que le otorgan un considerable interés. En primer lugar, los experimentos referidos en el artículo seleccionado constituyen excelentes ejemplos de los planteamientos teóricos y metodológicos imperantes en Cognición Social. En segundo lugar, estos trabajos y otros realizados por los mismos autores en idéntica dirección confirmaron (a juicio de los mismos y de otros muchos investigadores) la existencia de ciertos fenómenos cognitivos y avanzaron alguna explicación de ellos, como es el caso del conocido «efecto solo» o «status solo», que ha tenido considerable aceptación más allá del área de Cognición Social, y sobre el que se ha realizado numerosas investigaciones experimentales y de campo. Por último, en el presente artículo se aborda el estudio de diversos fenómenos relacionados pero independientes, como son los de categorización, saliencia y estereotipia, lo cual le confiere cierta riqueza y complejidad a la vez que pone de manifiesto el arduo esfuerzo y las dificultades que siempre plantea cualquier intento de poner en relación procesos diferentes.

Entrando ya en un análisis más detenido, habría que señalar, en primer lugar, desde el punto de vista metodológico, que las investigaciones de Taylor et al. aquí reseñadas utilizan en los dos primeros experimentos el paradigma denominado «quién dijo qué». Este paradigma experimental es profusamente utilizado en cognición social. Consiste esencialmente en la visión y/o audición por parte de los sujetos experimentales de cierta información emitida por diversas personas solicitándole después a estos sujetos que recuerden la información emitida por cada una de ellas. Se supone que la percepción, codificación, almacenamiento y recuperación de la información estará mediatizada por las estructuras y procesos cognitivos, tales como esquemas, reglas de inferencia, etc.

En segundo lugar, Taylor et al. confirman la existencia de un fenómeno conocido como el status o efecto «solo». Este efecto, que toma su nombre por analogía con los «solos» de músicos y cantantes, designa el hecho de la mayor atención recibida por un estímulo que destaca debido a la posesión de cierta característica distintiva entre un conjunto de estímulos semejantes en otras características (e.g. el solista en la orquesta, un hombre en un grupo de mujeres o una persona de raza negra en un grupo de blancos).

Diversas investigaciones, además de las realizadas por Taylor y cols., utilizando perspectivas teóricas y metodologías diferentes y dirigiendo su atención a categorizaciones sociales distintas han abordado el estudio de este fenómeno. Kanter (1977) estudió cualitativamente cómo los hombres —mayoritarios en número— percibían a las mujeres —minoritarias— en una organización industrial. Segal (1962) estudió el mismo proceso en un hospital, sólo que invirtiendo los grupos mayoritario y minoritario: cómo las enfermeras —mayoría— percibían a los enfermeros —minoría— y como éstos se percibían a sí mismos. Wollman y Frank (1975) en otro estudio de campo, encontraron que las mujeres en un contexto mayoritariamente masculino (diversas profesiones) tendían a percibirse a sí mismas de forma estereotipada en diversos roles tradicionalmente femeninos. Asimismo, otras investigaciones se han centrado en las autopercepciones de los individuos que pertenecen a una categoría social minoritaria cuando están en relación con una categoría recíproca mayoritaria. McGuire y colaboradores (McGuire et al., 1979; McGuire y McGuire, 1981) y Abrams et al. (1985)

lo han hecho con la composición sexual —número de hermanos y hermanas— de las familias. Ruble y Higgins (1976) y Higgins y King (1981), por su parte, se han centrado en las categorizaciones sexuales en grupos pasajeros o creados «ad hoc».

En general, estas investigaciones sobre el «status solo» muestran que el individuo «solo» provoca una impresión más fuerte y que las evaluaciones de esa persona se hacen más extremas en comparación con las evaluaciones de la misma persona cuando pertenece al grupo mayoritario. No obstante, estos fenómenos no aparecen de manera uniforme con todas las categorizaciones sociales ni en todas las dimensiones, como queda bien patente en el tercer experimento del artículo escogido, donde los hombres y mujeres en la condición «solo» tendían a ser vistos de forma estereotipada en roles pero no en rasgos.

En tercer lugar, y desde un punto de vista teóricamente más sustantivo, en los tres experimentos de Taylor et al. se tratan áreas o temáticas claramente diferenciadas entre sí:

A) Importancia y efectos de la categorización. Uno de los conceptos más centrales en Cognición Social es el de categorización. La categorización social es un «proceso de unificación de objetos y acontecimientos sociales en grupos que resultan equivalentes con respecto a las acciones, intenciones o sistema de creencias de un individuo» (Tajfel, 1984, 291). Fundamentalmente la categorización de cualquier aspecto del medio ambiente, físico o social, consiste en la división de un conjunto de elementos en grupos separados más o menos completos. Los elementos de estos grupos difieren entre sí a la vez que se parecen unos a otros dentro de un mismo grupo (Tajfel, 1984, 176). Lógicamente, estos «parecidos» y «diferencias» entre los elementos han de juzgarse en virtud de unos criterios. Taylor et al. suponen, y a su juicio encuentran apoyo empírico, que la raza y el sexo de las personas pueden ser utilizados como tales criterios por los perceptores sociales, especialmente cuando además de su carácter como discriminadores sociales tales indicadores son físicamente salientes. La categorización es un proceso básico unido ineludiblemente a la percepción (Bruner, 1957) que sirve para guiar al perceptor ayudándole a organizar y a simplificar la realidad que percibe. Uno de los principales efectos del proceso de categorización consiste en que produce un incremento de la semejanza percibida entre los elementos de una misma categoría y de las diferencias entre elementos de distintas categorías. Este efecto goza de considerable apoyo empírico, aunque con ciertas matizaciones, tal y como aparece reflejado en las citas y referencias incluidas en el artículo de Taylor et al. Estos autores incrementan dicho apoyo encontrando una mayor tasa de errores en el recuerdo de lo expresado por personas de la misma categoría que en el recuerdo de lo expresado por miembros de categorías diferentes. Es decir, si los sujetos recuerdan que un hombre o una mujer (o una persona de raza blanca o negra) han dicho algo pero no recuerdan exactamente quién lo dijo, esto indicaría que los sujetos han categorizado la información según el sexo o la raza. En este sentido, su contribución se limita a confirmar, utilizando una metodología distinta, hipótesis con cierta tradición y rai-gambre en Psicología Social. No obstante, resulta pertinente señalar que Taylor et al. encuentran los efectos de asimilación —mayores errores in-

tragrupo— tanto para los miembros del endogrupo como para los del exogrupo (con lo cual se rechaza la hipótesis de la familiaridad) mientras que otros investigadores han encontrado este efecto sólo en el caso del exogrupo (Stephan, 1985).

B) Sin embargo, la aportación de este trabajo no se limita a lo previamente expuesto, sino que se extiende en otras direcciones, a mi juicio, de mayor originalidad. La primera de ellas se refiere al carácter dinámico del proceso de categorización, el cual se utiliza como medio para analizar y organizar nuestros encuentros sociales cotidianos. Concretamente, este carácter dinámico se manifiesta en el mecanismo que pone en funcionamiento un sistema determinado de categorías y no otro. Este mecanismo puede ser cualquier factor que haga la pertenencia de un individuo a un grupo especialmente saliente y en los experimentos de Taylor et al., se operacionaliza como el número de individuos pertenecientes a la misma categoría, y a otras, presente (status solo). Es decir, basta con que una pertenencia categorial sea novedosa en un contexto determinado para que sea saliente.

C) La segunda aportación innovadora del trabajo de Taylor y cols., a mi juicio, se refiere a su aproximación al estudio de la estereotipia. La línea predominante en Psicología Social durante muchos años se limitó a obtener descripciones detalladas del contenido de ciertos estereotipos, fundamentalmente raciales y sexuales, pero poco se conocía acerca de cómo éstos se adquirían, funcionaban y se relacionaban con otras estructuras y procesos psicológicos. Siguiendo principalmente la línea iniciada por Allport (1954) y las aportaciones de Tajfel y cols. (ver Tajfel, 1984) Taylor et al. consideran la estereotipia como un proceso eminentemente cognitivo, asociado al proceso de categorización. Esta aproximación ha producido un avance considerable en los últimos años en el conocimiento de la adquisición, funcionamiento y cambio de los estereotipos, aunque adolezca de ciertas limitaciones como muy bien ponen de manifiesto los comentarios que siguen.

Otros autores han estudiado también los aspectos cognitivos de la estereotipia, fundamentalmente Hamilton (1981) y Rothbart et al. (1979) aunque con perspectivas ligeramente diferentes. Hamilton se ha centrado en el estudio de ciertos sesgos cognitivos en la formación y mantenimiento de los estereotipos, como es el caso de la «correlación ilusoria». Coincide con Taylor et al. en concebir la distintividad como infrecuencia, pero se diferencia de ellos en su operacionalización, sobre todo porque sus intereses no se dirigen tanto hacia el estudio de la activación de los estereotipos en un contexto determinado, como es el caso de Taylor et al., sino al estudio de la formación y mantenimiento de éstos. Rothbart et al., por su parte, han estudiado los procesos de memoria implicados en la estereotipia, habiendo encontrado que tiende a darse una sobreestimación de la frecuencia de los casos extremos porque son más fácilmente accesibles e identificables en la memoria. Asimismo, estos autores han mostrado cómo los sucesos que confirman las expectativas estereotípicas previas de los sujetos son posteriormente recordados mejor que aquéllos que las contradicen.

En cuarto y último lugar, el trabajo que aquí se presenta trasluce consideraciones que están más allá de las meramente metodológicas y teóricas, situándose en un plano metateórico. Intentar, lográndolo con éxito en cier-

to sentido, que un aspecto estimular aparezca como determinante de la categorización social —grupal supone una inversión de la concepción predominante en Psicología Social hasta entonces y es una de las características fundamentales de la meta-teoría dominante en Cognición Social o Psicología Social Cognitiva. Siguiendo los niveles propuestos por Doise (1986) para el análisis del comportamiento social, podemos decir que las explicaciones del comportamiento grupal se situaban en los niveles altos, por ejemplo en el tercer nivel posicional en el cual se intenta explicar la interacción social teniendo en cuenta las diferencias de posición social que los individuos tienen antes de entrar en una determinada situación; o en el nivel ideológico (cuarto) en el que se concibe a la ideología como un sistema de creencias y de representaciones y normas que deben justificar y mantener un orden establecido de relaciones sociales. El planteamiento de Taylor et al. supone la explicación del comportamiento grupal en el nivel intraindividual (primero). Es decir, son mecanismos y procesos internos al propio individuo, que le permiten organizar la experiencia, los que explican su comportamiento social. Obviamente, este planteamiento encierra consecuencias potencialmente devastadoras. La más importante es que el problema permanente que constituye el mantenimiento del equilibrio entre los aspectos cognitivos y sociales es aquí solucionado de un plumazo, diluyendo la dimensión social en la dimensión cognitiva. O dicho de otra manera, que la «fertilización cruzada» entre Psicología Social y Psicología Cognitiva que según Taylor y Fiske (1984) caracteriza a la Psicología Social Cognitiva actual, tiene en realidad poco de «cruzada» y mucho de influencia unilateral de los nuevos planteamientos cognitivos sobre la investigación psicosocial. Y no es que estemos condenando a priori el intento reduccionista de Taylor et al. No nos atreveríamos a tanto. Simplemente queremos señalar que su postulado metateórico, claramente reduccionista, es mucho menos inocente que un resultado empírico confirmatorio del efecto solo. Al fin y al cabo, este último se puede desconfirmar sin que sobrevengan grandes catástrofes. Y ahí están, sin ir más lejos, los resultados de Oakes y Turner (1986) que arrojan sombras sobre los de Taylor et al. Pero no cabe decir lo mismo de los postulados metateóricos. Estos, ya se sabe, son especialmente inmunes a cualquier refutación empírica y, para empeorar las cosas, tienen consecuencias mucho más amplias y a más largo plazo. En fin, si uno no está de acuerdo con los planteamientos teóricos de Taylor et al., puede consolarse al menos pensando que no se han instalado cómodamente en ellos.

No quisiera terminar esta breve introducción sin referirme a un aspecto importante del trabajo de Taylor et al.: su claridad. No me refiero tanto a la claridad expositiva como al hecho de que las posturas teóricas y metateóricas, presentes en sus investigaciones sean expuestas directamente, sin tapujos. Estas posiciones son ciertamente extremas, pero las autoras tienen el valor de defenderlas manifiestamente e intentar mostrar apoyo empírico para las mismas. Contrastando sus posiciones con otras aportaciones teóricas y empíricas discrepantes, como las realizadas por diversos investigadores, algunos de los cuales colaboran en este dossier con sus comentarios, será posible la profundización en el continuo proceso, no por reiterado menos importante, de tesis y antítesis y así avanzar, aunque sea ligeramente, en el conocimiento del comportamiento humano.

Referencias

- ABRAMS, D.; SPARKES, K. y HOGG, M. A. (1985). Gender salience and social identity: the impact of sex of siblings on educational and occupational aspirations. *British Journal of Educational Psychology*, 55, 224-232.
- AMERICAN PSYCHOLOGIST (1981). Distinguished Scientific Awards for an Early Career Contribution to Psychology: 1980, 36 (1), 81-84.
- ALLPORT, G. W. (1954). *The nature of prejudice*. Reading, Mass., Addison-Wesley.
- BRUNER, J. S. (1957). On perceptual readiness. *Psychological Review*, 64, 123-152.
- DOISE, W. (1986). *Levels of explanation in social psychology*. Cambridge, Cambridge University Press and Paris, Editions de la Maison des Sciences de l'Homme.
- FISKE, S. T. y TAYLOR, S. E. (1984). *Social cognition*. Reading, Mass., Addison-Wesley.
- HAMILTON, D. L. (comp.) (1981). *Cognitive processes in stereotyping and intergroup behavior*. Hillsdale, Nueva Jersey, Erlbaum.
- HIGGINS, E. T. y KING, G. (1981). Accessibility of social constructs: information-processing consequences of individual and contextual variability. En N. Cantor y J. F. Kihlstrom (comp.). *Personality, cognition and social interaction*, Hillsdale, Nueva Jersey, Erlbaum.
- KANTER, R. M. (1977). Some effects of proportions on group life: Skewed sex ratios and responses to token women. *American Journal of Sociology*, 5, 965-990.
- McGUIRE, W. J.; McGUIRE, C. V. y WINSTON, W. (1979). Effects of household sex composition on the salience of one's gender in the spontaneous self-concept. *Journal of Experimental Social Psychology*, 15, 77-90.
- McGUIRE, W. J. y McGUIRE, C. V. (1981). The spontaneous self-concept as affected by personal distinctiveness. En M. C. Lynch, A. A. Norem-Heberson y K. J. Gergen (comp.). *Self-concept: advances in theory and research*, Cambridge, Balinger.
- OAKES, P. y TURNER, J. C. (1986). Distinctiveness and the salience of social category membership: Is there an automatic perceptual bias toward novelty? *European Journal of Social Psychology*, 16, 325-344.
- ROTHBARTH, M.; EVANS, M. y FULERO, S. (1979). Recall for confirming events: memory processes and the maintenance of social stereotypes. *Journal of Experimental Social Psychology*, 15, 343-355.
- RUBLE, D. M. y HIGGINS, E. T. (1976). Effects of group sex composition on self-presentation and sex-typing. *The Journal of Social Issues*, 32, 125-132.
- SEGAL, B. E. (1962). Male nurses: a case study in status contradiction and prestige loss. *Social Forces*, 41, 31-38.
- STEPHAN, W. G. (1985). Intergroup relations. En G. Lindzey y E. Aronson (comp.). *The Handbook of Social Psychology*, Nueva York, Random House.
- TAJFEL, H. (1981). *Human Groups and Social Categories: studies in Social Psychology*. Cambridge: Cambridge University Press. Versión castellana: Barcelona, Herder (1984).
- TAYLOR, S. E. y CROCKER, J. (1981). Schematic bases of social information processing. En E. T. Higgins, P. Herman y M. P. Zanna (comp.). *Social Cognition: The Ontario symposium*, 1, Hillsdale, Nueva Jersey, Lawrence Erlbaum Ass.
- TAYLOR, S. E. (1986). *Health Psychology*, Nueva York, Random House.
- WOLMAN, C. y FRANK, H. (1975). The solo woman in a professional peer group. *American Journal of Orthopsychiatry*, 45, 164-171.